

CULTURA EN ISRAEL

● Isaacov Tsur, presidente del Fondo Agrario de Israel, presidente del Comité de Relaciones Culturales con Iberoamérica, antiguo diplomático, es también un intelectual —autor de numerosos libros— y un buen testigo, por su conocimiento interior de la vida de Israel y por su formación cultural francesa, para interrogarlo acerca de la situación cultural de su país, de los problemas que plantea su revolución y de las soluciones que hasta ahora se han dado.

—¿Qué repercusión tiene en Israel el variado aporte migratorio recibido sobre el plano cultural?

—Es ese nuestro problema número uno con dos aspectos: unificar el nivel cultural y al mismo tiempo elevarlo. Nuestro país se integra con tres corrientes migratorias muy distintas: 1º la de Occidente, o sea de Alemania, Checoslovaquia, Austria y demás países al oeste de Europa, incluyendo las Américas; 2º la principal de Europa oriental, tanto en número como en influencia (Polonia, Hungría, Rumanía, etc.) que corresponde a un nivel de vida alto, europeo, y a un buen conocimiento cultural, por tratarse de verdaderos baluartes de la cultura judía durante siglos; 3º la nueva inmigración de Oriente (Yemen Siria, norte africano, Irak) que es la más numerosa, alcanzando al 40 o 50% de la población pero que a pesar de su elevado nivel en tradiciones judías, corresponde a quienes vivieron en países analfabetos y que además carecen de toda vinculación con la cultura occidental que es la que rige la dirección del estado israelita.

—¿No tienden a crear una clase inferior?

—Ese es el gran peligro, porque se trata de un sector económicamente débil, el de las familias con mayor cantidad de hijos. Hay entre ellos universitarios (de Bagdad o de Casablanca) pero son excepciones, y nuestro problema es integrarlos a una sociedad a una cultura, impidiendo la formación de una clase inferior.

—¿Cuáles son los instrumentos de integración?



—Fundamentalmente dos: la educación básica, obligatoria hasta los 14 años, y en segundo término el ejército, ya que el servicio militar obligatorio —que es tanto para hombres como mujeres de 18 a 20 años—, incluye una importante parte de labor docente, sobre todo en lenguas y en cursos técnicos. Ben Gurion se pasa reclamando un general yemenita, pero hasta ahora sólo tenemos capitanes; también algunos coroneles irakíes. La inmigración oriental formará la mayoría del estado de Israel y todo nuestro esfuerzo actual se dirige a integrarla en las dos orientaciones culturales de nuestra nación: una civilización hebrea como base y una incorporación de las técnicas y formas occidentales.

—¿Han tenido alguna influencia notoria sobre la cultura del país?

—Sí. Toda la música popular israelita es de esencia yemenita, ya que de ahí han venido los mejores cantantes, las más exitosas danzas populares. La música oriental ha ingresado por ese camino a nuestro país, y actualmente hay músicos cultos, venidos de Alemania, por ejemplo, que elaboran sus sinfonías sobre temas yemenitas. Uno de los novelistas jóvenes más admirados, Tabib, es de origen yemenita.

—A propósito, ¿cuál es la situación de la novela en Israel?

—Estamos en una situación de tránsito, muy particular. Nuestra novela responde del punto de vista de las técnicas, a la rusa y francesa del siglo XIX (Tolstoy, Balzac, etc.), pero se orienta hacia temas específicamente judíos. Existe una producción intensa, obras de gran valor, pero hay pocas que muestren el proceso actual de la vida del país. Ocurre como con otras revoluciones que es difícil captar el proceso transformador mientras se está produciendo y es necesario esperar un tiempo para que se decante y acceda a la literatura.

—¿Nombres importantes?

—Le citaré dos que representan dos generaciones distintas: por un lado Annon, el escritor más importante del país, que tiene ya 70 años, un verdadero maestro del estilo hebreo cuyas obras cuentan la vida de las comunidades religiosas de las aldeas judías de Polonia. En la generación joven, el ídolo es Lohar, un novelista que ha escrito la mejor obra sobre la lucha de independencia de Israel. Son dos tomos de 700 páginas cada uno, escritos a renglón corrido, un poco en el estilo de Proust o de Thomas Woolfe, donde se narran los tres días de una batalla de la guerra de liberación, en que un conjunto de hombres defien den una colina. Nacido en Israel, viviendo siempre en el país, ha interpretado uno de nuestros temas, constituyéndose en el intérprete de la nueva generación.

—¿Qué llama usted libro de éxito?

—En Israel se lee bastante, con relación a su población (que es sólo de dos millones de habitantes). Así, un libro de éxito alcanza fácilmente los 25.000 ejemplares. Ese número es superado ampliamente por las traducciones, que han sido una de las preocupaciones mayores de nuestra vida cultural: de Cervantes a Pushkin, de Shakespeare a Tolstoy, se ha tratado de traducir las obras más importantes de la cultura universal.

—¿En qué ha parado el debate sobre la orientación estética del escritor?

—En una absoluta libertad de creación. Se discutió un tiempo sobre las ideas de Zhdanov, pero mayoritariamente los escritores consideraron que la literatura no debe estar al servicio de nada en particular. Yo diría que se ha llegado a una excesiva libertad, en cuanto pienso que tendría que educar y dirigir a un pueblo, y que hay a veces mucha separación entre los análisis detallados de la vida interna de las personas en que se concentran algunos escritores nuevos, y la gran tarea transformadora del país, que es, como Ud. sabe, un país ideológico, poseído por una mística que se manifiesta en sus constantes realizaciones.

—Observe un esfuerzo de recuperación de grandes valores judíos: Chagall por ejemplo.

—Sí. Dentro de la Escuela de París el manifiesto rasgo muy fuerte. Pero esas recuperaciones, como Lipchitz, como Kufca, no están orientadas por una exclusiva preocupación judía, sino que son parte del grande, sostenido esfuerzo que intentamos para integrar nuestro país a la civilización occidental estableciendo dentro de ella una nota diferente, la nuestra.

—¿Y los latinoamericanos?

—Hay unos doce mil en Brasil, elementos valiosos, de peso en la vida política y científica, pero que hasta ahora no se han expresado claramente. Sin embargo, ya han servido para incorporar a nuestra cultura varios autores de América Latina.